

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

13

ENERO-MARZO

1944

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODULFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país. \$7.00

Exterior. dls. 2.00

Número suelto. \$2.00

Número atrasado. \$3.00

Sumario

FILOSOFIA

	Págs.
W. Dilthey	11
José Gaos	35

LETRAS

José Luis Martínez	59
------------------------------	----

HISTORIA

Julio Jiménez Rueda	85
-------------------------------	----

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Filosofía

Antonio Gómez Robledo	97
José Fuentes Mares	103

Letras

Ferrán de Pol	<i>Filosofía del Lenguaje.</i> (Karl Vos- sler)	107
E. Moulet	<i>Le Châtean de Grison.</i> (César Moro)	109

Historia

Ferrán de Pol	<i>El Folklore de Santiago del Este- ro.</i> (Orestes di Lullo)	113
Agustín Millares Carlo	<i>Las artes gráficas en Guadalajara.</i> (Juan B. Iguíniz)	115
Noticias		117
Publicaciones recibidas		119

La Esencia de la Filosofía (III)

2. *La intuición de la vida, del poeta y la filosofía.*—Cada arte hace visible en algo particular y limitado, relaciones que van más allá de ello y le dan una significación general. La impresión de sublimidad que provocan las figuras de Miguel Angel o los productos sonoros de Beethoven, brotan del carácter especial del significado que está en estas creaciones y que postula una disposición del alma que, como una estructura sólida, fuerte, siempre actual, subordina a lo que entra en ella. Pero sólo un arte es capaz de expresar con sus medios más de lo que expresa un estado de ánimo. Todas las otras artes están ligadas a la representación de un objeto dado en la sensibilidad y en esto radica su fuerza y su limitación. Sólo la poesía gobierna libremente, como las ideas, en todo el reino de la realidad, pues posee con el idioma un medio de expresión para todo lo que puede aparecer en el alma del hombre —objetos externos, estados internos, valores, determinaciones de la voluntad—, y este medio de expresión, la palabra, es ya una elaboración de lo dado contenido en el pensamiento. Cuando entonces adquiere expresión una intuición del mundo en alguna de las obras de arte, es en la poesía.

Yo procuro manejar los problemas que aquí han surgido de manera que no sea necesario tocar la diferencia del punto de vista estético y psicológico. Toda obra poética, desde los más fugaces cantos populares hasta la *Orestiada* de Esquilo o el *Fausto* de Goethe, coinciden en que representan un suceso, tomando la palabra en el sentido que incluye tanto lo experimentable como lo experimentado, las experiencias propias y ajenas, la tradición y la actualidad. La representación de los sucesos en la poesía es la apariencia irreal de una realidad vuelta a vivir y representada para volverla a vivir, extraída de la conexión de la realidad y de las relaciones

de nuestra voluntad y nuestro interés. Por esto no provocan ninguna reacción efectiva sucesos que de otro modo nos hubieran excitado a la acción y que ya no perturban la actitud del contemplador sin voluntad. Ellos no ejercen ya ninguna presión ni represión sobre la voluntad. Mientras que alguien permanece en la región del arte toda presión de la realidad se aparta de su alma. Si una vivencia se eleva al mundo de la apariencia, los procesos que provoca en el lector o en el oyente no son los mismos que en la persona que los ha vivido. Para concebir a los primeros, exactamente, separemos los procesos de vivir lo mismo que otro de aquellos que acompañan como efectos la interpretación de la vida ajena. El curso en el cual yo interpreto los sentimientos y la tensión de la voluntad en Cordelia es diferente de la admiración y compasión que brotan al volverlos a vivir. El mero entender una narración o una representación incluye entonces en sí, procesos que van más allá de los que han sucedido en la persona misma. El lector de una narración poética debe realizar en sí los procesos de la relación entre sujeto y predicado, frase y frase, exterior e interior, móvil y acción y sus consecuencias, para poder transformar la palabra del relato en la imagen del suceso y éste en la conexión interna. Para entender lo real debe subordinarlo a las representaciones y relaciones generales contenidas en la palabra. Y mientras más ahonda el lector en estos sucesos, tanto más los procesos del recuerdo, percepción, relación, van más allá de lo expresado por el poeta en la narración. Van hacia algo que él no dijo, pero que quizá quería sugerir en el lector con la expresión, quizá para que le importara más que lo dicho. El lector interpreta los rasgos generales de una relación vital en lo narrado, por medio de la cual su significado debe ser entendido. Aun el espectador de un drama completa lo que ve u oye en la escena con una conexión que lo rebasa. Se le presenta un aspecto de la vida en la forma en que los actos humanos, según el procedimiento dramático, cumplen un destino que está por encima de ellos. Se conduce con lo que sucede en el drama como en la vida misma; coloca, ordena lo particular dentro de su conexión o como caso particular de un contenido general. Y sin que tenga que hacerlo notar, el poeta lo conduce ahí. Le permite crear algo que rebasa el suceso representado. Se muestra así, que lo mismo la poesía épica que la dramática representan un suceso ante el lector, oyente o espectador, de manera que su significación pueda ser interpretada. Entonces, un suceso es interpretado como significativo en tanto que nos revela algo de la naturaleza de la vida. La poesía es un órgano del entendimiento de la vida, y el poeta es un visio-

nario que ve el sentido de la vida. Y aquí se encuentran ahora lo entendido en la interpretación y la obra del poeta. En ésta se realiza el proceso misterioso por medio del cual la materia prima de una vivencia, dura, angulosa, se refunde en aquella forma que permite a la concepción aparecer como significativa. Shakespeare lee en su *Plutarco* las biografías de César y Bruto y las liga con la imagen del suceso. Ahora los caracteres de César, Bruto, Casio y Antonio, se aclaran mutuamente y la manera de comportarse entre sí resulta de una necesidad. Cuando tras de estas grandes personalidades aparece la cabeza de la masa, ansiosa, sin juicio, menesterosa, se hace claro cuál debe ser el fin de los conflictos entre los principales personajes. El poeta conoce a Isabel, la naturaleza Real de Enrique V y otros reyes de todas clases; su alma revela un rasgo fundamental de las cosas humanas que pone en conexión todos los hechos de *Plutarco*, y los subordina como casos particulares al proceso de la historia: el triunfo de los dominadores de la realidad, sin escrúpulos, sobre el ideal republicano, que ya no podrá encontrar ningún republicano. Así comprendida, sentida y generalizada, esta relación general de la vida se convierte en motivo de una tragedia, pues es motivo una relación de la vida interpretada poéticamente en su significación. Y ahora actúa en este motivo una fuerza impulsiva, un carácter, procesos, actos, adaptados entre sí de modo que se vean aquellos rasgos generales en la naturaleza de las cosas, sin que lo exprese el poeta o pueda expresarlos. Pues en cada rasgo general de la vida hay una relación con la significación de la vida en general, que es algo enteramente insondable.

Surge ahora la respuesta a la pregunta de en qué medida el poeta expresa una visión de la vida o bien una intuición del mundo. Toda poesía lírica, épica o dramática, eleva una experiencia particular a la reflexión sobre su significado. En esto difiere de la literatura recreativa. La poesía tiene todos los medios para dejar ver esta significación sin expresarla. Y la exigencia de que la significación de los acontecimientos adquiera expresión en la forma interna poética, debe absolutamente ser cumplida en cada poesía. Y regularmente la poesía se orienta a dar una expresión general del significado de lo que sucede. Algunas de las más hermosas poesías líricas y cantos populares expresan llanamente el estado sentimental; pero el efecto más profundo se origina cuando el sentimiento del motivo de la vida en progreso regular se ensancha y su significado resuena en la conciencia. En Dante y Goethe este procedimiento llega hasta los límites del pensamiento poético. En las narraciones parece que los aconte-

tecimientos se detienen repentinamente y cae sobre ellos la luz del pensamiento, o la conversación ilumina el significado de lo que sucede, como en las sabias palabras de Don Quijote, Meister y Lotario. En el drama aparece en medio de su curso tormentoso, la reflexión de las personas sobre sí mismas y lo que sucede, y libera el alma de los espectadores. Muchas grandes poesías van todavía más adelante. Ligan las ideas sobre la vida como se infieren de los sucesos, en la conversación, en el monólogo o en el coro, a una interpretación general y conexas de la vida. Son ejemplos notables de esto, la tragedia griega, la *Novia de Mesina* de Schiller y el *Empédocles* de Hölderlin.

Al contrario, la poesía abandona su propio dominio cuando, desprendida de la vivencia, pretende expresar pensamientos sobre la naturaleza de las cosas. Entonces se origina una forma intermediaria entre poesía y filosofía o descripción de la naturaleza, y su efecto es enteramente diverso del que es propio a las obras poéticas. En *Los Dioses de Grecia*, de Schiller, los ideales son verdadera y profunda lírica como vivencias internas que trascurren según la ley del sentimiento. Sin embargo, otras famosas poesías de Lucrecio, Haller, Schiller, pertenecen al género intermedio porque recubren un pensamiento con valores del sentimiento y lo visten con imágenes de la fantasía. Esta forma intermediaria ha demostrado su derecho por medio de grandes efectos, pero no es poesía pura.

Toda auténtica poesía está unida por medio de su objeto, la vivencia particular, a lo que el poeta experimenta, en sí, en otro, en toda clase de tradición de los acontecimientos humanos. La fuente viva de donde emana su saber de la significación de estos acontecimientos, es la experiencia de la vida. Esta significación es mucho más que un valor reconocido en los procesos. Pues según la estructura de la vida psíquica, su conexión causal es una sola cosa con su carácter teleológico, conforme al cual reside en ella una tendencia a producir valores vitales y una relación viviente con valores útiles de toda especie. De aquí que el poeta beba esta experiencia de la vida, ampliando su contenido tradicional cuando ve más finos signos de algo interior o cuando observa, en una mezcla nueva de rasgos de un carácter, una relación que se sigue de la naturaleza de dos caracteres; en una palabra, cuando se le hace visible un matiz de la vida. Con tales elementos se construye un mundo interno. Persigue la historia de la pasión y el desarrollo de los hombres de diversas clases. Organiza el mundo del carácter según el parentesco, la diferencia y los tipos. Y todo esto apa-

rece en una alta forma organizada cuando capta rasgos generales en los individuos o en la vida social e histórica. Con esto no ha alcanzado todavía el punto más alto de su entendimiento de la vida. Su obra será tanto más madura cuanto más asciende el motivo que existe en esa relación vital, a la relación con la conexión de la vida. Entonces se verán los límites de la obra, pero al mismo tiempo sus más altas relaciones ideales. Cada gran poeta debe recorrer este proceso — como de la fuerza unilateral de la trama y el amor, o de los primeros fragmentos de *Fausto* se sigue el *Wallenstein* y las obras más tardías de Goethe.

Esta reflexión sobre la significación de la vida puede encontrar, primero, plena fundamentación en el conocimiento de las cosas divinas y humanas y su conclusión en un ideal de la conducta. Así existe en ella la tendencia a una intuición del mundo. Este rasgo interno del poeta se encuentra con la teoría de la vida, la filosofía y las ciencias. Pero no obstante lo que pueda recibir de ellas, el origen de su intuición del mundo da a ésta una estructura propia. A diferencia de la religiosa, la realidad que ella expone es despreocupada, poliédrica e insaciable. Su concepción objetiva de la naturaleza, y de la conexión de las cosas está siempre orientada a ahondar en la significación de la vida, lo que da a su ideal libertad y vida. El filósofo es tanto más científico cuanto más puramente separa las formas de conducta y analiza la intuición; el poeta crea con la totalidad de sus fuerzas.

Cuando la situación y el medio determinan a un poeta a formar una intuición del mundo, entonces sólo puede ser comprendida la obra particular en círculos limitados. No se hace valer con plena eficacia por la expresión directa que nunca se agota, sino por la energía de la relación de la pluralidad con la unidad, de la parte con un todo organizado. Hasta en la melodía de los versos, en el ritmo de los sentimientos, la forma interna de toda verdadera poesía está determinada por la posición de la conciencia del poeta y de su época. Los tipos de técnica en cada clase de poesía deben ser concebidos como expresión de la diversidad individual e histórica, en la interpretación de la vida. Pero como nace un cuerpo cuya alma es una referencia vital extraída del suceso, la intuición del mundo del poeta sólo puede aparecer en ese cuerpo siempre como unilateral: en su totalidad sólo está en el poeta mismo. Por esto el efecto más alto de los poetas verdaderamente grandes nace cuando se ha llegado a la conexión de las referencias de la vida que están en las obras particulares. Como a las primeras poesías fuertes de Goethe siguen *Taso* e *Ifigenia*,

provocan solamente un efecto moderado en un limitado número de personas; pero como entonces Schlegel y sus compañeros románticos hicieron conocer su conexión interna con una situación vital y las relaciones del estilo con ésta, ascendió la acción de Goethe. Así pues, es muy poco justificado el prejuicio vulgar de que el efecto de las obras de arte sufre daño con el entendimiento estético o literario-histórico.

Las formas de la intuición poética del mundo poseen una ilimitada multiplicidad y movilidad. En la acción combinada de lo que la época ha llevado al poeta con lo que su experiencia produce, nacen fuertes ligas y limitaciones externas a su pensamiento. Pero la tendencia interna para aclarar la vida con su experiencia, se lanza siempre contra esas limitaciones. Ahí donde un poeta recibe de fuera el andamio sistemático de su pensamiento, como Dante, Calderón o Schiller, no descansa nunca en él la fuerza de la transformación. Pero mientras más libre de la experiencia crea, tanto más está bajo el poder de la vida misma que siempre le muestra nuevos aspectos. Así revela la historia de la poesía las posibilidades infinitas para sentir y percibir la vida que están contenidas en la naturaleza humana y sus relaciones con el mundo. Las relaciones religiosas establecidas por la comunidad y la tradición, el carácter del pensamiento filosófico que se exterioriza en la continuidad de una más sólida formación conceptual, trabajan en la delimitación de las intuiciones del mundo en tipos fijos: el poeta es aún el hombre verdadero porque deja libre la acción de la vida sobre él. En el hombre común la reflexión sobre la vida es muy débil para que pueda llegar a una posición firme en la anarquía moderna de las intuiciones de la vida. En el poeta es tan fuerte el efecto de los diversos lados de la vida, su sensibilidad para estos matices es tan grande, que no puede satisfacerle un tipo limitado de intuición del mundo para expresar lo que le dice la vida.

La historia de la poesía muestra el crecimiento de la aspiración y de la fuerza para entender la vida por sí misma. El influjo de las intuiciones religiosas del mundo en el poeta, retrocede cada vez más tanto en los pueblos particulares como en la humanidad; el efecto del pensamiento científico está en constante crecimiento. En la lucha de las intuiciones del mundo entre sí cada una toma más poder sobre los espíritus; la fuerza de la fantasía disminuye, entre los pueblos altamente cultivados, ante la disciplina del pensamiento. Así el poeta, libre de prejuicios, tiene que interpretar la realidad de las cosas junto a una norma metódica. To-

das las direcciones de la poesía hoy existentes, tratan de resolver esta tarea de una manera especial.

De estas cualidades de la visión poética de la vida e intuiciones del mundo, resultan las relaciones históricas de la poesía con la filosofía. La estructura de la visión poética del mundo es enteramente heterogénea de la organización conceptual de la intuición filosófica del mundo. No puede tener lugar ninguna continuidad entre aquélla y ésta. Sin embargo, la poesía actúa en el pensamiento filosófico. La poesía ha preparado el nacimiento de la filosofía en Grecia y su renovación en el Renacimiento. La poesía ejerce una influencia regular, constante y duradera sobre la filosofía. Primero ha elaborado la consideración objetiva de la conexión del mundo, libre de las relaciones con los intereses y la utilidad, y con ello ha preparado la actitud filosófica. Debe haber sido inmenso el efecto que partió de Homero. Fué ejemplar para el libre movimiento de la visión sobre toda la amplitud de la vida temporal. Sus intuiciones sobre la humanidad se convierten en material para el análisis psicológico y no pudieron ser agotadas por éste. Expresó el ideal de una humanidad más alta, más libre y más humana como jamás lo ha hecho la filosofía. Su visión de la vida y su intuición del mundo influyó en la concepción de los grandes filósofos. La nueva alegría en la vida, de los artistas del Renacimiento, se transforma, en la filosofía de Bruno, en la teoría de la inmanencia de los valores en el mundo. El *Fausto* de Goethe contiene un nuevo concepto de la fuerza múltiple del hombre para ir al todo —intuitiva, gozosa y activa—, e influyó en el ideal de la escuela trascendental, en la dirección de la filosofía hacia la elevación de la existencia humana. Los dramas históricos de Schiller ejercen una fuerte influencia en el desarrollo de la conciencia histórica. El panteísmo poético de Goethe prepara la cultura filosófica. ¡Cómo penetra ahora la influencia de la filosofía en la poesía! Penetra en su más profunda operación para formar una visión de la vida. Le ofrece sus conceptos más acabados, sus más definitivos tipos de visión del mundo. Envuelve a la poesía peligrosamente y, sin embargo, no para suprimirla. Eurípides estudió a los sofistas, Dante a los pensadores de la Edad Media y a Aristóteles; Racine viene de Port-Royal; Diderot y Lessing de la Filosofía de la Ilustración; Goethe se hunde en Spinoza, y Schiller fué un discípulo de Kant. Y si Shakespeare, Cervantes y Molière no pertenecieron a ninguna filosofía, sin embargo innumerables influencias filosóficas han penetrado sus obras como medio indispensable de apresar la vida.

LA INTUICION FILOSOFICA DEL MUNDO

III. *La empresa de elevar la intuición del mundo a una validez general.*—La tendencia a desarrollar una visión del mundo y de la vida, una así a la religión, la poesía y la filosofía. La filosofía se ha perfeccionado con estas relaciones históricas. Desde el principio fué en ella efectiva la tendencia a una intuición del mundo y de la vida, universalmente válida. Donde quiera que, en diferentes lugares de la cultura occidental, el desarrollo de la intuición religiosa del mundo se ha insertado en la filosofía, esa tendencia permanece dominante y a ella se subordina todo trabajo filosófico. Cuando tal tendencia aparece en la filosofía griega a plena conciencia, ya en la antigua escuela pitagórica y en Heráclito había logrado abarcar toda la existencia en una intuición del mundo. Todo el desarrollo de la filosofía durante dos milenios estuvo dominada por la misma aspiración, hasta en la época en que del fin del siglo xvii, desde Locke, aparecen sucesivamente las nuevas investigaciones de Leibniz y Berkeley. Durante este tiempo tuvo que luchar contra el entendimiento sensible, la gente del mundo y los investigadores positivos. Pero esta fué una oposición que se impuso desde fuera contra su aspiración. El escepticismo que se origina del interior de la filosofía misma, de la consideración sobre los procedimientos y alcance del conocimiento, tenía el centro de su trabajo en las relaciones con las mismas necesidades indestructibles de nuestro espíritu; la negatividad de la actitud escéptica frente a esas necesidades es culpable de la irrealidad de su posición de conciencia. Y nosotros hemos visto cómo también los siglos, que han continuado el trabajo de Locke, Leibniz y Berkeley, establecieron una interna relación con el problema de una intuición del mundo universalmente válida. Precisamente el más grande de los pensadores de estos siglos, Kant, está determinado fuertemente por esta relación.

Esta posición central de la intuición del mundo en la filosofía, puede ser también establecida en su relación con las otras dos fuerzas históricas. Así se explica que la religiosidad ha vivido ya en incesante lucha con la filosofía; y la poesía, que tanto le ha dado y que tanto ha recibido de ella, sólo se ha podido afirmar en constante lucha contra las pretensiones de dominio de la concepción abstracta de la vida. ¿Tendría razón Hegel al decir que la religiosidad y el arte son formas inferiores del desarrollo

esencial de la filosofía, destinadas a transformarse en la alta conciencia de la intuición filosófica del mundo? La decisión de este problema depende principalmente de que la voluntad de una visión del mundo, científicamente fundada, alcance su meta.

1. *La estructura de la intuición filosófica del mundo.*—La intuición filosófica del mundo, tal como nace bajo la influencia de la orientación hacia la validez universal, debe ser, por su estructura, esencialmente diferente de la religiosa y de la poética. A diferencia de la religiosa es universal y de validez general. Y a diferencia de la poética es un poder que quiere actuar reformando la vida. Se desarrolla sobre el más amplio fundamento, apoyada en la conciencia empírica, la experiencia y las ciencias empíricas, según las leyes de formación que están fundadas en la objetivación de las vivencias en el pensamiento conceptual. Al penetrar en la profundidad de las vivencias la energía del pensamiento discursivo y que juzga, en el que está contenida la relación de lo enunciado con un objeto, se objetiva todo el mundo del sentimiento y de los actos voluntarios en conceptos de valores, y sus relaciones, en pensamientos de fines y en reglas que expresan la obligación de la voluntad. Se separan las clases de objetos que corresponden a las diversas formas de comportamiento. En cada esfera, determinada por un comportamiento fundamental, se forman conexiones sistemáticas. Las relaciones de fundamentación, como existen entre los enunciados, reclaman para el conocimiento de la realidad un sólido criterio de evidencia. En la región de los valores, de la marcha del pensamiento hacia la suposición de valores objetivos, se origina la exigencia de un valor incondicionado. Lo mismo en el dominio de nuestros actos voluntarios, el pensamiento no descansa hasta encontrar un bien más alto o una norma superior. Los motivos que forman la vida se arreglan en un sistema, por medio de la generalización de los conceptos y de los principios. La fundamentación como forma del pensamiento sistemático, encadena a los elementos conceptuales, en estos sistemas, en forma cada vez más transparente y más plena. Y el concepto más alto a que llegan estos sistemas, el Ser general, la última razón, el valor incondicionado, el bien más alto, se combina en el concepto de una conexión teleológica del mundo en el que la filosofía se encuentra con el pensamiento religioso y poético. Así se originan, según sus leyes internas de formación, los rasgos fundamentales de los esquemas teleológicos de la concepción del mundo e igualmente su duración fué fundamentada sustancial-

mente hasta fines de la Edad Media y su poder natural hasta el día de hoy. Conforme a su fundamento o en oposición con él se han diferenciado las formas fundamentales de la intuición filosófica del mundo.

Cuando la intuición del mundo aprehendida y fundada conceptualmente se eleva a la validez universal, la llamamos metafísica. Ella se difunde en una multiplicidad de formas. Individualidad, medio ambiente, nación, época, provocan en los filósofos, como en los poetas, un número indeterminado de matices de visión del mundo. Pues las posibilidades, según las cuales la estructura de nuestra vida espiritual es afectada por el mundo, son ilimitadas; y los medios del pensamiento cambian también constantemente según la situación del espíritu científico. Pero la continuidad que liga los procesos del pensamiento, el acuerdo que caracteriza a la filosofía, tiene como consecuencia reunir los grupos de sistemas en una conexión, que hace sentir la uniformidad de diferentes pensadores y su oposición con otros grupos. Así aparece en los sistemas clásicos de la filosofía griega la oposición entre la metafísica teleológica y los sistemas naturalistas mismos, con la intuición del mundo que limita el conocimiento a la interpretación de la realidad, según las relaciones de causa y efecto. Cuando la significación del problema de la libertad adquiere validez, a partir de los estoicos, se separan cada vez más claramente los sistemas del idealismo objetivo, según los cuales la razón de las cosas determina la conexión del mundo, de los del idealismo de la libertad que sostienen las vivencias de la voluntad libre, la cual se proyecta en la misma razón del mundo. De este modo se forman tipos fundamentales de metafísica que están enraizados en las diferencias decisivas de las intuiciones humanas del mundo. En el fondo de aquellos tipos se encuentran una gran multiplicidad de intuiciones del mundo y formas sistemáticas.

2. *Tipos de intuición filosófica del mundo.*—La inducción histórica por medio de la cual se deben establecer estos tipos, no se puede exponer aquí. Las notas empíricas de que parte esa inducción, radican en el parentesco interno de los sistemas metafísicos, en las relaciones de transformación, según las cuales un sistema condiciona a otro, en la conciencia que tiene el pensador sobre su homogeneidad y su oposición con otros, pero sobre todo en la continuidad histórica interna, en la cual tal tipo se define cada vez más claramente y se fundamenta con más profundidad, y en el efecto que ha partido de tales sistemas típicos como los de Spinoza, Leibniz o Hegel, de Kant o de Fichte, de d'Alembert, de Hobbes o

de Comte. Hay formas entre estos tipos en que las intuiciones del mundo no han llegado todavía a una clara diferenciación; otras formas, afrontando las consecuencias del pensamiento, permiten aprehender la totalidad de los motivos metafísicos; éstas se muestran siempre infructuosas para el progresivo desarrollo de la intuición del mundo e ineficaces en la vida y en la literatura, por más fuertes que sean sus complicadas determinantes fundamentales o sus preferencias técnicas. En la variada multiplicidad de tales matices de intuición del mundo aparecen los consecuentes tipos puros, con su significación y eficacia. Desde Demócrito, Lucrecio y Epicuro hasta Hobbes, de éste a los Enciclopedistas, en el materialismo moderno, tanto en Comte como en Avenarius, a pesar de las grandes diferencias, se puede seguir una conexión que une en un tipo unitario a estos grupos de sistemas, cuya primera forma puede denominarse materialista o naturalista y cuyo desarrollo posterior, consecuente a las condiciones de la conciencia crítica, conduce al positivismo en el sentido de Comte. Heráclito, la Stoa rigurosa, Spinoza, Leibniz, Shaftesbury, Goethe, Schelling, Schleiermacher, Hegel, señalan las estaciones del idealismo objetivo. Platón, la filosofía helenístico-romana del concepto de la vida que Cicerón representa, la especulación cristiana; Kant, Fichte, Maine de Biran y los pensadores franceses filiales, Carlyle, forman los grados del desarrollo del idealismo de la libertad. De las leyes internas expuestas, eficaces en la formación de los sistemas metafísicos, procede la diferenciación de la metafísica en este ordenamiento de sistemas. Y en las modificaciones que aparecen en este desarrollo se efectúa el recorrido expuesto por nosotros, en el que las relaciones con la realidad pasan por determinadas posiciones; así pronto encontramos al positivismo como el caso más notable del procedimiento ametafísico que busca un fundamento seguro para el conocimiento, mientras que en su totalidad es considerado ahora como una transformación de la intuición del mundo fundada en este procedimiento epistemológico; pero entonces el desarrollo y matización de los tipos, está condicionado por el curso en el que se han desarrollado en la humanidad los conceptos ideales fundados en las relaciones de valores, fines y deberes de la voluntad.

El conocimiento de la realidad tiene su fundamento en el estudio de la naturaleza, pues sólo éste permite obtener de los hechos un orden según leyes. En la conexión del conocimiento del mundo así originado rige el concepto de causalidad. Cuando éste determina unilateralmente la

experiencia, no queda lugar para los conceptos de valor y de fin. Entonces, en la intuición de la realidad del mundo físico predomina la extensión y la fuerza, de modo que las unidades espirituales vivientes sólo aparecen como interpolaciones en el texto del mundo físico y el conocimiento de éste sólo tiene a la matemática y al experimento como medios para alcanzar la meta de su concepción; así esta explicación del mundo acepta la forma de interpretar lo espiritual por lo físico. Y cuando entonces el carácter fenoménico del mundo físico es reconocido desde el punto de vista crítico, se transforma el naturalismo y el materialismo en un positivismo determinado científicamente. O bien, la intuición del mundo es determinada por el sentimiento de la vida. Se coloca entonces bajo el punto de vista de los valores de las cosas, y de la vida, del significado y sentido del mundo. Toda la realidad aparece entonces como la expresión de algo interno y es concebida como el desarrollo de una conexión espiritual activa, consciente o inconsciente. Este punto de vista descubre, en consecuencia, una divinidad inmanente en los efectos particulares múltiples, dispersos, cuyas manifestaciones son determinadas por relaciones de causalidad teleológica que se descubren en la conciencia: idealismo objetivo, panenteísmo o panteísmo se originan así; pero cuando la conducta voluntaria determina la concepción del mundo, entonces nace el esquema de la independencia del espíritu respecto de la naturaleza o su trascendencia; su proyección en el universo forma los conceptos de personalidad divina, creación, soberanía de la personalidad frente al curso del mundo.

Cada una de estas intuiciones del mundo contiene en la esfera de la concepción objetiva una relación con el conocimiento del mundo, la dignificación de la vida y el principio de la conducta. Su fuerza radica en que la personalidad da unidad interna a sus diversas realizaciones. Y cada una de ellas tiene su fuerza atractiva y posibilidad de desarrollo consecuente, en que se concibe en el pensamiento la vida multívoca, de acuerdo con la ley de una de nuestras formas de comportamiento.

3. *La insolubilidad de la tarea. Decadencia del poder de la metafísica.*
—La metafísica se ha difundido en una inmensa riqueza de formas de vida. Ella va adelante sin descanso, de posibilidad en posibilidad. No le basta ninguna forma, cada una la cambia por otra nueva. Una contradicción interna y oculta que radica en su esencia misma, aparece en cada una de sus creaciones nuevas y la impulsa a abandonar la forma adquirida para buscar una nueva. Pues la metafísica tiene una notable dualidad de

esencia. Su aspiración es resolver el enigma del mundo y de la vida, y su forma es la validez universal. Con una cara mira a la religión y a la poesía y con la otra a las ciencias particulares. Ella misma no es ni una ciencia en el sentido de las ciencias particulares, ni arte o religión. El supuesto bajo el cual aparece, es el de que existe un punto en el misterio de la vida que sea accesible al pensamiento riguroso. Si aquél existe, como lo suponen Aristóteles, Spinoza, Hegel, Schopenhauer, entonces la filosofía es más que toda religión y todo arte y también más que las ciencias particulares. ¿Dónde encontraríamos este punto en el que el conocimiento conceptual se conecta con su objeto, el enigma del mundo, y este único y singular nexo del mundo que no sólo permite descubrir leyes particulares de los acontecimientos, sino que es pensable en su esencia? Debe estar colocado más allá del dominio de las ciencias particulares y más allá de sus métodos. La metafísica debe elevarse por encima de la reflexión del entendimiento para encontrar su propio objeto y su propio método. Las investigaciones en la esfera de la metafísica se han recorrido aquí y se ha mostrado lo que hay de insuficiente en ellas. Las razones desarrolladas desde Voltaire, Hume y Kant que esclarecen el constante cambio de los sistemas metafísicos y su incapacidad para satisfacer las exigencias de la ciencia, no deben ser repetidas aquí. Sólo he subrayado lo pertinente a su conexión.

El conocimiento de la realidad según relaciones causales, vivencia de valores, significado y sentido de la conducta voluntaria que contiene el fin para esa conducta y la norma de la voluntad, son diferentes formas de comportamiento que están ligados en la estructura espiritual. Su relación psíquica está para nosotros presente en la vivencia, y pertenece a los últimos hechos accesibles de la conciencia. El sujeto se relaciona de estas diversas maneras con los objetos y tras de esos hechos no puede llegar a una razón de los mismos. Así las categorías de ser, causa, valor, fin, conforme a su proveniencia de esas formas de conducta, no pueden ser reducidas ni una a la otra, ni a un principio más alto. Sólo podemos concebir el mundo bajo una categoría fundamental. Sólo podemos percibir un lado de nuestra relación con él, nunca todas las relaciones como serían determinadas por la conexión de esas categorías. Esta es la primera razón para la imposibilidad de la metafísica: si ella quiere lograrse, debe realizar por medio de sofismas la conexión interna de esas categorías, mutilar lo que está contenido en nuestra conducta viviente. En cada una de estas formas de conducta, se muestra además otro límite del pensamiento conceptual.

No podemos pensar como algo incondicionado en una última causa de la conexión condicionada de los procesos; pues el ordenamiento de una multiplicidad cuyos elementos se relacionan entre sí uniformemente, es en sí un enigma y por el uno inmutable no se puede concebir ni el cambio ni la pluralidad. Nunca podemos superar el carácter subjetivo y relativo de las determinaciones de valor que tienen su origen en el sentimiento; un valor incondicionado es un postulado, pero no un concepto que puede verificarse. No podemos mostrar un fin más alto o incondicionado, pues éste tiene como supuesto el establecimiento de un valor incondicionado, y la regla válida de la conducta que está contenida en la obligación recíproca de la voluntad, no permite deducir el fin de los individuos o de la sociedad.

Pero si ninguna metafísica puede satisfacer la exigencia de una prueba científica, el punto más firme para la filosofía queda atrás, en la relación del sujeto con el mundo, conforme a la cual cada forma de conducta da expresión a un lado de ese mundo. La filosofía no puede captar la esencia del mundo por medio de un sistema metafísico y probar la validez general de ese conocimiento; pero así como cada seria poesía descubre un rasgo de la vida que no se había visto antes, como la poesía nos revela los diversos lados de la vida en obras siempre nuevas, como ninguna obra de arte en particular nos da una visión de conjunto de la vida y, sin embargo, por medio de todas ellas nos aproximamos a esa concepción de conjunto, así también, en las intuiciones filosóficas del mundo típicas, nos encontramos frente al mundo uno, como aparece cuando una poderosa personalidad filosófica somete una de las formas de conducta a la otra y subordina a las categorías contenidas en esa conducta todas las demás. Así la conciencia histórica queda tras del formidable trabajo del espíritu metafísico, que ella repite, y experimenta la profundidad insondable del mundo. La última palabra del espíritu no es la relatividad de las intuiciones del mundo que ha recorrido, sino la soberanía del espíritu frente a cada una en particular y al mismo tiempo la conciencia positiva de la realidad del mundo, como está para nosotros en los diversos comportamientos del espíritu; los tipos persistentes de intuiciones del mundo son la expresión de la pluralidad de aspectos del mundo.

La labor de la teoría de la intuición del mundo, en oposición al relativismo, es exponer metódicamente las relaciones del espíritu humano con el enigma del mundo y de la vida, por medio del análisis del transcurso histórico de la religiosidad, la poesía y la metafísica.

IV. *Filosofía y ciencia.*—En el trabajo conceptual y fundamentador de la metafísica misma, crece constantemente la reflexión sobre el pensamiento mismo, sobre sus formas y sus leyes. Se investigan las condiciones bajo las cuales conocemos: el supuesto de que existe una realidad independiente de nosotros y que es accesible a nuestro pensamiento, la creencia de que existen personas fuera de nosotros y que pueden ser entendidas por nosotros, y por fin el supuesto de que el curso de nuestros estados internos se realiza en el tiempo, y las vivencias como se presentan en la experiencia interna, pueden llegar a exponerse válidamente por el pensamiento. La reflexión sobre los procesos de que nace la intuición del mundo y las razones que justifican los supuestos de ésta, acompañan la formación de la intuición del mundo y crecen constantemente en la lucha de los sistemas metafísicos.

Igualmente nace de la propia naturaleza de la intuición filosófica del mundo su relación con la cultura humana y su conexión de fines. Nosotros organizamos la cultura conforme a las relaciones internas entre el conocimiento del mundo, la vida y la experiencia del carácter y el orden práctico en que se realizan los ideales de nuestra conducta. Aquí se exterioriza la estructura espiritual que determina también la intuición filosófica del mundo. Esta aparece en relación con todas las fases de la cultura. Como ella aspira a la validez general e investiga en todas partes el fundamento y la conexión, debe hacerse válida en todas las esferas de la cultura, elevando a la conciencia lo que ahí sucede, fundando, razonando críticamente y ligando; pero aquí tropieza ahora con la consideración que nace del conjunto mismo de los fines de la cultura.

1. *Las funciones de la filosofía nacidas de la técnica conceptual en la vida de la cultura.*—No sólo en la intuición del mundo se ha desarrollado la reflexión de los hombres sobre su actividad y la aspiración hacia el saber universalmente válido. Antes de que aparecieran filósofos, se derivó de la actividad política la separación de las funciones del Estado, la clasificación de las actividades; en la práctica del derecho y de los procesos se han perfeccionado los conceptos fundamentales del ordenamiento jurídico civil y del derecho penal; las religiones han formulado dogmas separados entre sí y referidos uno a otro; se han diferenciado clases de artesanado. Pues cada paso de la conexión humana de fines a formas complejas se realiza bajo la dirección del pensamiento conceptual.

Así se perfeccionan las funciones de la filosofía, cuyo pensamiento amplía lo que se ha realizado en los dominios particulares de la cultura. Así como no hay ningún límite seguro que separe la metafísica religiosa de la filosofía, igualmente el pensamiento técnico pasa sin solución de continuidad a la filosofía. Por todas partes el espíritu filosófico está igualmente caracterizado por la auto-reflexión universal y por el poder fundado en ella, de formación personal y de reforma y, al mismo tiempo, por la fuerte tendencia que vive en las testas filosóficas hacia la fundamentación y la conexión. Tal función de la filosofía no está de antemano ligada con la forma de la intuición del mundo, pero ella existe aun cuando no se busque ni se reconozca una metafísica.

2. *La teoría general del saber y la teoría sobre los dominios particulares de la cultura.*—Así, del carácter de la filosofía, como auto-reflexión del espíritu, se origina el otro lado que siempre ha existido conexo a la aspiración hacia la intuición del mundo universalmente válida. En la intuición del mundo se reúne en unidad objetiva la experiencia fundada en una forma de comportamiento. Pero cuando las formas mismas de comportamiento en las relaciones con su materia se elevan a la conciencia, la filosofía investiga la experiencia que nace de aquí, trata de probar su consistencia. Entonces se muestra el otro lado de la autorreflexión. Considerada en sí misma, la filosofía es la ciencia fundamental, determinada por el fin del saber válido, cuyo objeto es la forma, la regla y la conexión de todos los procesos del pensamiento. Como lógica, investiga las condiciones de la evidencia que se encuentra en los procesos correctamente realizados y que en cada dominio aparece en los procesos del pensamiento. Retrocede como teoría del conocimiento, de la conciencia de la realidad de las vivencias y de lo objetivamente dado en la percepción externa, a los fundamentos justos de las suposiciones de nuestro conocimiento. Como tal teoría del saber, ella es ciencia.

Sobre la base de sus más importantes funciones, ella entra en relación con las diversas esferas de la cultura y en cada una de ellas emprende tareas de una especie peculiar.

En la esfera de la representación y del conocimiento del mundo, entra en relación con las ciencias particulares que ofrecen las partes especiales del conocimiento del mundo. Esta tarea se anexa a la lógica y a la teoría del conocimiento como trabajo fundamental de la filosofía. Esclarece los métodos de las ciencias particulares por medio de la lógica gene-

ral. Pone en conexión con ella los conceptos metódicos que nacen de las ciencias. Investiga los supuestos, los fines, los límites del conocimiento de las ciencias particulares. Y aplica los resultados así adquiridos al problema de la estructura interna y la conexión en los dos grandes grupos de ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Ninguna de sus relaciones con cualquier sistema de la cultura es tan claro y evidente. Ninguno se ha desarrollado en una continuidad tan sistemática, y tampoco hay, entre las determinaciones unilaterales del concepto de la filosofía, ninguno tan ilustrativo, como que ella es la teoría de las teorías, la fundamentación y la síntesis de las ciencias particulares en el conocimiento de la realidad.

Menos transparente es la relación de la filosofía con la experiencia de la vida. La vida es la relación interna de las actividades psíquicas en el conjunto de la persona. La experiencia de la vida es la creciente reflexión sobre la vida. Por medio de ella, lo relativo, subjetivo, casual y separado de las formas elementales de la conducta finalista, se eleva al conocimiento de lo que es para nosotros valioso y ajustado a un fin. ¿Qué significan las pasiones en el conjunto de nuestra vida? ¿Qué valor tiene el sacrificio en una vida entendida en sentido naturalista? ¿O la fama y el reconocimiento exterior? Pero en la solución de tales preguntas no trabaja sólo la experiencia de la vida de los individuos sino también la adquirida por la sociedad. La sociedad es el regulador que abarca los sentimientos e impulsos de la vida. A lo que se origina de las necesidades de la vida y a la pasión sin ley, pone límites dentro del derecho y de la moral. Por medio de la división del trabajo, matrimonio, propiedad, crea las condiciones para la satisfacción ordenada de los impulsos. Así se libera de ese temible dominio: la vida gana espacio para los más altos sentimientos y aspiraciones espirituales, que pueden llegar a obtener la preponderancia. En la experiencia de la vida que en tal trabajo hace la sociedad, actúan determinaciones convenientes de los valores vitales a los que la opinión pública da medios para una posición más firme y regulada. Por este medio la sociedad produce de sí misma una escala de valores que condiciona a los particulares. Sobre este suelo de la sociedad las experiencias individuales de la vida se hacen válidas. Nacen esas experiencias en múltiples formas. Las vivencias personales, en tanto que de ellas emana un valor, forman un capital. Nosotros recibimos, como espectadores, otras enseñanzas que revelan las pasiones de los hombres (sus pasiones que conducen hasta la destrucción de sí mismo y consecuentemente

la relación con otras personas) y el sufrimiento que se sigue de ellas. Y nosotros completamos estas experiencias de la vida, por medio de la historia que muestra, a grandes rasgos, el destino de la humanidad, y por medio de la poesía que revela ante todo la tensión dolorosa y dulce de la pasión, las ilusiones mismas y su solución. Todas trabajan juntas para liberar al hombre y dejarlo franco para la resignación y la felicidad del sacrificio en la gran objetividad de la vida.

Esta experiencia de la vida sin método, al descubrir el alcance y los límites de su proceder, debe elevarse a una reflexión metódica que procure superar el carácter subjetivo de la determinación de los valores. Así llega a ser filosofía. Todas las etapas que se encuentran en este camino llenan los escritos que tratan sobre valores de la vida, carácter, temperamento, conducta. Y como la poesía es un miembro importante en el perfeccionamiento de la enseñanza del temperamento, el carácter y la conducta, su cosecha en el alma de los hombres, su propia estimación de los valores de las cosas prepara un deseo insaciable de entender la significación de la vida. Homero es el maestro de los escritores reflexivos y Eurípides su discípulo. Sobre el mismo fundamento se desarrolla toda religiosidad adquirida. La experiencia de la vida, la fuerza temible del conocimiento de la ilusión que se encuentra en los bienes de esta vida producen en los genios religiosos el don del mundo trascendente. La vivencia religiosa sería vacía e insulsa si sobre la base de la miseria vivida, ruindad o al menos de la pequeñez de las cosas humanas, la separación y el sufrimiento que hay en ellas, no realizara la elevación a la santidad que es, por decirlo así, una fuga de este círculo corrompido. A este camino de la soledad han llegado Buda, Lao-tse, y también Cristo, como lo denuncian algunos pasajes del evangelio; Agustín y Pascal también lo han recorrido. Y junto con la ciencia y los órdenes históricos de la vida la experiencia forma el fundamento real de la filosofía. El motivo personal en los más grandes filósofos se apoya en ella. Su purificación y fundamentación constituye un elemento esencial y efectivo en los sistemas filosóficos. Esto se muestra particularmente claro en Platón, la Stoa, Spinoza y también en círculo limitado en Kant, cuya antropología está de acuerdo con sus primeros escritos. Así nace ahora en la filosofía el sistema de los valores immanentes de la vida y el de los valores objetivos de la acción. Aquéllos se adhieren a un estado del alma, éstos provienen de algo externo que tiene la capacidad de producir valores de la vida.

La filosofía tiene, finalmente, en la conexión histórico-cultural, una relación con el mundo práctico, sus ideales y su orden vital. Pues ella es la reflexión sobre las reglas, fines y bienes de la voluntad. En el orden vital de la economía, el derecho, el estado, el dominio sobre la naturaleza, la moralidad, estas reglas, fines y bienes han encontrado su expresión. Así solamente en ellas se aclara la esencia de la conducta voluntaria. Ella está penetrada por las relaciones de posición de fines, obligaciones y reglas. De aquí resulta el problema más hondo de la filosofía en este dominio: el gran problema de si toda ley moral se puede deducir de los fines. La opinión que hace resaltar Kant en su imperativo categórico puede ser aquí completada diciendo que en el mundo moral sólo hay un punto firme: a saber, que la obligación recíproca de la voluntad en compromiso expreso o en aceptación tácita de su fijeza tiene una validez incondicional para toda conciencia. De aquí que la rectitud, lealtad, confianza, veracidad, constituyen la más firme escala para el mundo moral. En él están ordenados todos los fines y todas las reglas de la vida, los bienes mismos y la aspiración a la perfección, en una jerarquía del deber que desciende de la obligación a la exigencia moral del bien y la entrega a los demás, y de aquí a la perfección personal. Al establecer el análisis filosófico de la conciencia moral el dominio de validez del ideal moral, separa la obligación del deber, de la movilidad de los fines, y determina las condiciones bajo las cuales se forma el sistema de los fines en el seno de la sociedad. Y al hacer inteligible la filosofía la realidad del orden de la vida, como lo describen y analizan las ciencias del espíritu por la estructura de los individuos y la sociedad, al deducir su desarrollo y su ley de formación de su carácter teleológico, pero colocando su necesidad bajo la más alta ley obligatoria de la voluntad, se transforma en una fuerza interna que impulsa la elevación de los hombres y el desarrollo progresivo de su orden vital, ya que al mismo tiempo les da criterios firmes dentro de las leyes morales y en la realidad de la vida.

En este punto retrocedamos una vez más a la intuición filosófica del mundo. Aquí se puede ver por primera vez toda la amplitud de su fundamentación. Aparece la significación que tiene la experiencia de la vida en el perfeccionamiento de la visión del mundo. Y muestra finalmente cómo, en los grandes dominios condicionados por las diversas especies de comportamiento espiritual, existen problemas de significación independiente que deben ser tratados aisladamente de su posición en la intuición del mundo.

Así resulta de las relaciones de la filosofía con los diversos dominios de la vida humana, no solamente su derecho a fundar y relacionar el saber sobre éstos y las ciencias particulares, en las que se ha consolidado el saber, sino también a elaborar esos dominios en disciplinas filosóficas especiales, como la filosofía del derecho, la filosofía de la religión, la filosofía del arte. Es indiscutible que estas teorías deben ser creadas sobre el contenido histórico y social que constituyen los dominios del arte, la religión, el derecho o el estado, y en tanto que su trabajo coincida con el de las ciencias particulares. Y es también claro que no tiene derecho a la existencia ninguna teoría filosófica que en vez de escoger su propio material se atiene al que ofrecen las ciencias particulares y sólo aquí y allí trata de comprobarlo. Pero a causa de la limitación del poder humano, los investigadores particulares dominarían seguramente sólo con raras excepciones, la lógica, la teoría del conocimiento y la psicología, de manera que no podrían traer algo nuevo a la teoría filosófica. Solamente se justifica esta teoría filosófica separada, como estadio provisional originado por la insuficiencia de la situación actual. Sin embargo, la tarea de investigar las relaciones internas de las ciencias entre sí, de las cuales depende la constitución lógica de cada una de ellas, sería una parte importante de las funciones de la filosofía.

La exposición pormenorizada de la filosofía como ciencia, está excluida del conjunto de esta obra, pues implicaría la exposición separada de las disciplinas particulares en que se realiza la suma de las funciones de la filosofía.

3. *El espíritu filosófico en las ciencias y en la literatura.*—El influjo de la metafísica está en constante decadencia, pero, no obstante, la función de la filosofía adquiere una creciente importancia al fundar y reunir el pensamiento que nace en los dominios particulares de la cultura. La significación de la filosofía positivista de D'Alembert, Comte, Mill, Mach, nace de su trato interno con las ciencias particulares, de la prosecución de sus métodos estableciendo sobre todo el criterio de un saber universalmente válido. Y en otros dominios el pensamiento filosófico de Carlyle o Nietzsche es también positivo porque aspira a generalizar y fundamentar los modos de comportamiento de los poetas y los escritores, contenidos en la experiencia vital y derivados de ella. Es ahora natural que con sus procedimientos libres la filosofía tenga cada vez mayor influencia en toda la vida espiritual de los tiempos nuevos. El espíritu metódico y generali-

zador de Galileo, Kepler y Newton, ligado a las ciencias, que fué determinante en la investigación de la naturaleza, ha penetrado la investigación francesa de la naturaleza fundando la dirección positivista de D'Alembert y Lagrange, y actúa en el suelo de la filosofía natural, así como en el criticismo kantiano, en Ernst von Baer, Roberto Mayer, Helmholtz y Hertz. Y aun este espíritu filosófico se ha hecho valer, en las ciencias particulares de la sociedad y la historia, desde que aparecen los grandes teóricos del socialismo. Lo característico de la situación actual de la filosofía es que las influencias más fuertes no parten de los sistemas, sino de estos pensadores filosóficos libres, que penetran en la ciencia y en toda la literatura. También, de los escritores como Tolstoi y Maeterlinck parte una significativa influencia filosófica. El drama, la novela y ahora también la lírica se han convertido en representantes de fuertes impulsos filosóficos.

El espíritu filosófico está en dondequiera que un pensador, libre de las formas sistemáticas de la filosofía, somete a prueba lo que hay de particular en el hombre, de obscuro como el instinto, la autoridad o la creencia. Existe dondequiera que un investigador con conciencia metódica reduce su ciencia a sus últimos principios o se lanza a generalizaciones que fundan y unen varias ciencias. Existe dondequiera que los valores e ideales de la vida son sometidos a nueva comprobación. Lo que aparece desordenado o luchando hostilmente en el seno de una época o en el corazón de un hombre debe ser conciliado por el pensamiento, lo que es obscuro debe ser aclarado, lo que es inmediato debe ser mediatizado y puesto en la conexión. Este espíritu no deja ningún sentimiento de valor, ningún impulso en su inmediatez, ningún progreso y ningún saber en su aislamiento, sino que respecto de cada cosa valiosa pregunta acerca del fundamento de su validez. En este sentido el siglo XVIII se señala con razón como el siglo filosófico: fuerza de la razón dominante a lo largo del siglo, sobre lo obscuro e instintivo, sobre lo inconsciente en nosotros y reducción de todo producto histórico a su origen y justificación.

V. El concepto esencial de la filosofía. Ojeada sobre su historia y sistemática.—La filosofía se muestra como una suma de muy diversas funciones que, a través del conocimiento de su relación legítima, deben ser reunidas en la esencia de la filosofía. Una función se refiere siempre a una conexión teleológica y denomina una suma de actividades correspondientes, que deben ser realizadas dentro de ese todo. El concepto no se ha inferido ni de la analogía con la vida orgánica, ni denomina una

disposición o facultad original. Las funciones de la filosofía se refieren a la estructura teleológica de los sujetos que filosofan y a la estructura de la sociedad. Son actividades en las cuales la persona se dirige a sí misma y al mismo tiempo actúa hacia afuera; en esto son análogas a las de la religiosidad y de la poesía. Así pues, la filosofía es un ejercicio que se origina en la sociedad humana, de la necesidad del espíritu individual de reflexionar sobre su acción, sobre la configuración y firmeza de la conducta, sobre una forma más sólida de sus relaciones con el todo, y es, al mismo tiempo, una función basada en la estructura de la sociedad y exigida para el perfeccionamiento de su vida. En consecuencia, una función que tiene lugar uniformemente en muchas mentes y vincula a éstas en una conexión histórica y social. En este último sentido la filosofía es un sistema de cultura. Pues las características de éste son la uniformidad de las actividades en cada individuo que pertenece a ese sistema de cultura y comunidad de los individuos en los cuales esa actividad tiene lugar. Cuando esta comunidad toma formas fijas nacen organizaciones en un sistema cultural. Entre todas las conexiones de fines, las del arte y la filosofía, al menos, unen a los individuos entre sí; pues la función que realiza el artista o el filósofo no está condicionada por ninguna disposición de la vida: su religión es la de la más alta libertad del espíritu. Y cuando la pertenencia del filósofo a las organizaciones de la universidad y la academia hace crecer sus actividades en la sociedad, su elemento vital es la libertad del pensamiento, que nunca debe ser atropellada, y de la cual depende, no sólo su carácter filosófico, sino la confianza en su veracidad y en su acción.

La propiedad más general que conviene a todas las funciones de la filosofía está fundada en la naturaleza de la concepción objetiva y el pensamiento conceptual. Así considerada, la filosofía aparece sólo como el pensamiento congruente, más firme y más comprensible, no separada de la conciencia empírica por ningún límite fijo. Resulta de la forma del pensamiento conceptual, que el juicio impulsa a las más altas generalizaciones; la formación y clasificación de los conceptos, a una arquitectura de alta cima; su referencia a una conexión onmicomprensiva y la fundamentación, a un último principio. El pensamiento se refiere en estos actos al objeto general de todos los actos del pensamiento de diversas personas, a la conexión de las percepciones sensibles que ordena la pluralidad de las cosas en el espacio y la multiplicidad de sus cambios y movimientos en el tiempo, es decir, al mundo. En este mundo están ordenados todos los

sentimientos y acciones voluntarias a través de la determinación del lugar de su correspondiente cuerpo y de los elementos intuitivos que en él están entretejidos. Todos los valores, fines y bienes de estos sentimientos o acciones voluntarias están organizados en aquel mundo. La vida humana está comprendida en él. Y el pensamieto, al tratar de expresar y reunir todo el contenido de intuiciones, vivencias, valores, fines, como son vividas y dadas en la conciencia empírica y en las ciencias de la experiencia, marcha del encadenamiento de las cosas y los cambios en el mundo hacia el concepto de éste, y retrocede a fundarlo en un principio del mundo, en una causa del mundo, trata de determinar el valor, sentido y significado del mundo y se pregunta por su finalidad. Dondequiera que este método de la generalización, del ordenamiento en el todo, de la fundamentación, por el camino del saber, se separa de las necesidades particulares y de los intereses limitados, desemboca en la filosofía. Y dondequiera que el sujeto cuyo hacer se refiere a este mundo se eleva en el mismo sentido a la reflexión sobre su hacer, esa reflexión es filosófica. La propiedad fundamental en todas las funciones de la filosofía es, en consecuencia, el rasgo del espíritu que rebasa el vínculo de los intereses determinados, finitos, limitados y aspira a subordinar toda teoría nacida de una necesidad estrecha a una idea definitiva. Este rasgo del pensamiento está fundado en la ley del mismo, corresponde a las necesidades de la naturaleza humana que apenas admiten un análisis seguro, a la alegría en el saber, a la necesidad de asegurar últimamente la posición del hombre en el mundo, al impulso de superar la sujeción de la vida en sus condiciones limitadas. Toda actitud espiritual busca un punto firme desligado de la relatividad.

Esta función general de la filosofía se exterioriza bajo las diversas condiciones de la vida histórica, en todas las actividades que hemos recorrido. Funciones particulares de gran energía nacen de las múltiples condiciones de la vida: la formación de la intuición del mundo con validez general, la reflexión del saber sobre sí mismo, la relación de las teorías que se forman en las conexiones particulares de los fines, con la conexión de todo el saber, el espíritu crítico que penetra toda la cultura, la comprensión universal y la fundamentación. Todas ellas se muestran como realizaciones particulares que están fundadas en la esencia unitaria de la filosofía, pero se adaptan a cada posición en el desarrollo de la cultura y a todas las condiciones de sus estados históricos. Y así se explica la constante diferenciación de sus actividades, la flexibilidad y movilidad que a veces se desarrolla en la amplitud de los sistemas, a veces hace válida

toda su fuerza en un problema particular y translada la energía de su trabajo a tareas siempre nuevas.

Se ha llegado al límite, en el cual la exposición de la esencia de la filosofía ilumina su historia retrospectivamente y aclara su conexión sistemática hacia adelante. Su historia se entendería cuando por la conexión de las funciones de la filosofía fuera comprensible el orden, en el que bajo las condiciones de la cultura han aparecido los problemas simultánea y sucesivamente y fueron recorridas las posibilidades de su solución. Cuando la progresiva reflexión del saber sobre sí mismo describiera sus principales estadios. Cuando la historia persiguiera cómo las teorías nacidas de la conexión de los fines de la cultura, se relacionan y se perfeccionan mediante el espíritu filosófico en la conexión del conocimiento, y cómo la filosofía crea nuevas disciplinas en las ciencias del espíritu y luego las entrega a las ciencias particulares. Y cuando mostrara cómo las fisonomías particulares que aceptan las intuiciones filosóficas del mundo pueden ser vistas a través de la situación de conciencia de una época y del carácter de una nación, y mostrara al mismo tiempo, el constante progreso de los grandes tipos de estas intuiciones del mundo. Así entrega entonces, la historia de la filosofía al trabajo de la filosofía sistemática los tres problemas de la fundamentación, cimentación y reunión de las ciencias particulares, y la tarea de su conciliación con la necesidad infatigable de una última reflexión sobre el ser, razón, valor, fin y su conexión en la intuición del mundo, sin importar en qué forma y dirección tiene lugar este arreglo.

W. DILTHEY

Versión directa de
SAMUEL RAMOS